

LEO STRAUSS, *¿Qué es filosofía política? y otros ensayos*, trad. de Juan García-Morán Escobedo, Alianza editorial, Madrid, 2014. 217 páginas.

Nos encontramos ante un libro que recoge tres textos de Leo Strauss (1899-1973), dos conferencias y un artículo para una revista, que abordan un mismo tema: la importancia de la filosofía política y la necesidad de cuidarla, cultivarla y protegerla frente a la presión del positivismo y el historicismo. Más aún, se trata de defender la forma de hacer filosofía política que tenían los clásicos frente a unas tradiciones modernas que, aunque llenas de valiosísimas aportaciones, también han empujado al mundo a la violencia sin precedentes vivida en el siglo veinte.

En el primero de los textos, *¿Qué es filosofía política?*, Strauss destaca que lo que hace especial a esta disciplina es tanto el modo de indagar —filosofía—, concierne con la búsqueda de la verdad, como el objeto —política— que por su propia naturaleza, al estar siempre “guiada por algún pensamiento sobre lo mejor y lo peor” (p. 78), nos compele a utilizar nuestro juicio, a medir las cosas políticas “por algún que otro criterio de bondad o de justicia” (pp. 81-82). Una forma de cultivar el conocimiento que ahora se halla en “un estado de decadencia y tal vez de putrefacción” (p. 90), cercada por “la Ciencia y la Historia, esos dos grandes poderes del mundo moderno” (p. 91), que —con los ropajes científicos del positivismo e historicismo— “han logrado finalmente destruir la posibilidad misma de la filosofía política” (p. 91).

Strauss critica ferozmente la obsesión positivista de descartar y evitar los juicios de valor y el principio historicista de rechazar “la cuestión de la buena sociedad” (p. 106). Frente a esos modelos, propone la mirada de los filósofos políticos clásicos que, sin la pantalla de la tradición filosófica posterior, veían “las cosas políticas con una frescura y una franqueza que jamás han sido igualadas” (p. 108) y “hablaban el lenguaje corriente de los ciudadanos o de los hombres políticos”, frente a la jerga científica moderna que no hace justicia a los fenómenos que analiza (p. 111). Especialmente relevante es su énfasis en el hecho de que la filosofía política clásica contemplaba la educación como “la formación del carácter”, frente a “la instrucción y el adiestramiento” contemporáneos (pp. 124-125).

El capítulo se completa con un examen de las soluciones modernas a las cuestiones fundamentales que plantea la filosofía política. Aquí encontramos una magnífica versión condensada de la visión de Strauss de los filósofos políticos más relevantes de los últimos quinientos años, de Nicolás Maquiavelo (1469-1527) a Friedrich Nietzsche (1844-1900). El relato del paso de la filosofía política clásica, según la cual la finalidad de la vida humana es la virtud, a la primera modernidad vía Maquiavelo, que transmutó esta finalidad en afán de gloria, es uno de los tesoros más brillantes de los que contiene el libro. Este paso, argumenta Strauss, es clave

en el cambio decisivo por el que la formación del carácter moral es sustituida por la confianza en las instituciones como método de hacer ciudadanos buenos.

En el segundo ensayo, *¿Qué podemos aprender de la teoría política?*, Strauss habla de las aplicaciones que la filosofía política —deja claro desde el principio que prefiere esa denominación a la de teoría política— puede tener en la práctica. Y aunque subraya que la filosofía política “*siempre* llega demasiado tarde para *guiar* la acción política” (p. 161, énfasis de Strauss), también dice que es “necesaria para *defender* un modo de proceder razonable” (pp. 164-165, énfasis de Strauss); un antídoto especialmente conveniente contra el “utopismo moderno” (p. 176), que cree que la realización del ideal político es algo necesario (frente a los antiguos, que pensaban que era algo azaroso e incierto). Por eso, dice Strauss, el utopismo moderno “está destinado a conducir al desastre porque nos hace subestimar los peligros a los que se expone, y siempre se expondrá, la causa de la decencia y de la humanidad” (p. 179).

La filosofía política enseña, por el contrario, “cuán extraordinariamente difícil es asegurar esos mínimos de decencia, de humanidad y de justicia”, modera las esperanzas y así “nos protege contra el desaliento” (p. 179). Un texto que aboga por la moderación, hay que añadirlo, en un contexto de guerra, puesto que la conferencia se pronunció en 1942. Esto quizá explique algunas de sus expresiones más problemáticas, como su alineación con el “imperialismo medianamente decente de cuño anglosajón” (p. 163), cuya alternativa —

asegura— es “el imperialismo insoportablemente indecente propio del Eje” (p. 163), o su aparente aquiescencia con el resultado de esa dominación imperial anglosajona, que considera una “hegemonía decente” (p. 164). Es un texto notable, en todo caso, por ser uno de los escritos de Strauss más cercanos al aquí y ahora de la política de su tiempo.

En el último de los ensayos, *La filosofía política y la historia*, Strauss vuelve a cargar contra el daño que el historicismo ha hecho, no solo a la filosofía política sino al conocimiento general, al considerar al estudioso como un observador que puede entender mejor a los pensadores del pasado de lo que ellos se entendían a sí mismos. Clama Strauss que “una interpretación adecuada es aquella que entiende el pensamiento de un filósofo exactamente como él se entendía a sí mismo” (p. 198) y que:

Nuestra comprensión del pensamiento del pasado será tanto más adecuada cuanto menos convencido esté el historiador de la superioridad de su propio punto de vista o cuanto más dispuesto esté a admitir la posibilidad de que tenga algo que aprender no solo sobre los pensadores del pasado, sino también de ellos (p. 202).

Las ideas que trata Strauss en estos tres textos —la importancia de la filosofía política, el valor que tiene la tradición clásica y la mirada de los antiguos sobre las cosas políticas y el daño que pueden llegar a causar, sin desmerecer sus logros, algunas de las formulaciones modernas y contemporáneas más exitosas de la cien-

cia política— son, en buena medida, las preocupaciones fundamentales que recorren toda su obra, y que trata de manera más o menos abierta en sus libros principales¹. ¿Cuál es el valor, entonces, que tiene la obra que repasamos aquí? ¿Qué enseñanzas se pueden sacar de dos conferencias y un artículo de un autor que dice que “la forma apropiada de exponer la filosofía política es el tratado” (p. 83)? El propio Strauss nos ayuda más adelante, cuando dice que “muchos filósofos políticos del pasado han presentado sus enseñanzas no en tratados científicos propiamente dichos, sino en lo que podríamos llamar tratados propagandísticos o panfletos [*treatise-tracts*]” (p. 194).

Si ponemos “Leo Strauss” donde dice “muchos filósofos políticos”² y “conferencias y artículos” donde leemos “tratados propagandísticos y panfletos”, lo vemos más claro. En estos textos tenemos al Strauss más apasionado en la defensa de la filosofía política, en mostrar su utilidad y su carácter necesario; el que, en un ambiente intelectual hostil hacia la filosofía política, se sirve de la forma de escribir de los que tienen algo que decir pero no pueden hacerlo abiertamente. Un poco a la

manera que él mismo describe en Maquiavelo, a veces con ironía, a veces dando pistas tentadoras³, parece tratar de acercar al lector al estudio y al disfrute de la filosofía política. “La filosofía es *la* fuerza anti-tradicional; la liberación de las opiniones del pasado y la apertura de nuevas perspectivas es, y siempre ha sido, la esencia misma de la filosofía” (p. 167, énfasis de Strauss). Afirmaciones como esta parecen estar poniendo en práctica técnicas como las que el propio Strauss describe en pensadores que buscan “atraer la atención de hombres jóvenes a los que les gusta pensar”⁴.

Aunque haya pasado más de medio siglo desde que Strauss escribió estos textos, sigue siendo fácil notar hoy en día, en el ámbito académico y en otros, la presión de un cierto tipo de ciencia social “científica” que “lleva al descuido de ese pensamiento o reflexión que debe preceder a todos los estudios científicos para que estos tengan relevancia” (p. 102). Por eso, sigue siendo vital afirmar que “el hecho de que el conocimiento que podríamos denominar telescópico-microscópico resulte muy fructífero...no nos autoriza a negar que hay cosas que solo se pueden observar como lo que son cuando se las observa con

¹ Singularmente, en: *Liberalism Ancient and Modern* (1968), *On Tyranny* (1961) y *The City and Man* (1964), en los que, desde sus respectivas introducciones, anuncia su intención de abordar estas cuestiones.

² “Leo Strauss era un filósofo. Él nunca lo hubiera dicho de sí mismo pues era demasiado modesto y tenía demasiado respeto por ese raro tipo humano que es el filósofo y por el estilo de vida representado por ese título para arrogárselo él mismo, sobre todo en una época en que su uso se ha hecho tan menospreciable”. Allan BLOMM, *Gigantes y enanos* (1990), Gedisa, Buenos Aires, 1991, pp. 229-230.

³ Leo STRAUSS, *Thoughts on Machiavelli* (1958), The University of Chicago Press, Chicago, 1978, pp. 40, 50.

⁴ “[W]ould he write three or four sentences in that terse and lively style which is apt to arrest the attention of young men who love to think”. Leo STRAUSS, *Persecution and the Art of Writing* (1952), The University of Chicago Press, Chicago, 1988, p. 36 (e-book).

el ojo desarmado” (p. 103). Palabras que pueden resonar y atraer hacia la filosofía política a un cierto tipo de estudiante que se incline a lo que Strauss llama “virtudes...que maduran, cuando no florecen, en la vida privada, por no decir en soledad” (p. 125).

Como en los libros clave de Strauss antes citados, los tres textos que aquí tratamos son una llamada a estudiar las cosas políticas desde sus principios; visto al revés, una llamada a no conformarse con el axioma del pensamiento moderno de que “las cuestiones más elementales pueden ser resueltas de una vez para siempre, de manera que las generaciones futuras puedan prescindir de seguir debatiéndolas” (p. 215). El hecho de que, como dijera en otro lugar, “el problema inherente en la superficie de las cosas, y solo en la superficie de las cosas, es el corazón de las cosas”⁵, estimula a sumergirse en los textos en los que, de manera más accesible (conferencias y artículos, por oposición a los tratados antes mencionados) tratan los problemas que el propio Strauss consideró como fundamentales.

Son, por tanto, unos excelentes textos introductorios para dejarse encantar por Strauss. En esta línea concluye precisa-

mente la presentación de Juan García-Morán Escobedo, que ha hecho también la selección de los textos. La presentación es amplia, ocupa más de una cuarta parte del libro, y muy útil, con un perfil biográfico e intelectual muy completo. Mención especial merece la atención que presta al legado de Strauss y las polémicas por la supuesta influencia que su pensamiento y sus discípulos han tenido en la política exterior estadounidense posterior al 11-S, un debate intelectual y periodístico que recapitula con precisión. Concluye diciendo que “pocas dudas caben acerca de su conservadurismo” (p. 52), a lo que añade esta feliz reflexión:

Ante la hipotética pregunta de si el propio Strauss se reconocería como el inspirador intelectual de determinadas políticas (ya fueran belicistas o de cualquier otra índole) promovidas por los neoconservadores cuando han ostentado el poder, no sería infundado que este respondiera —como en ocasión similar lo hiciera Karl Marx— con un “por lo que a mí respecta, yo no soy straussiano” (p. 52).

RAFAEL BERNARDO GAVITO

⁵ “The problem inherent in the surface of things, and only in the surface of things, is the heart of things”. STRAUSS, *Thoughts on Machiavelli*, p. 13.